

## Elogio del Dr. Ernesto Odriozola

(Pronunciado en la Academia Nacional de Medicina de Lima  
el 15 de marzo de 1922)

SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORES ACADÉMICOS,

SEÑORES:

**B** IEN hace la Academia Nacional de Medicina de Lima en renovar su vieja costumbre de elogio de nuestros muertos ilustres. Bien hace en congregarnos a sus miembros, a la sombra de este hogar intelectual, para evocar en la quietud de él, la obra buena realizada por los eternamente ausentes. Y hace bien porque el pasado es una autoridad ineludible: él, que vive vida silenciosa en nosotros y pone tantas veces sus palabras en nuestros labios y sus ideas en nuestro espíritu, es la clave eternamente complaciente de explicación de misterios y de dificultades que sólo lo son aparentemente.

Precisa, de vez en vez, olvidar los dolores del presente; sustraerse a sus obsesionantes sollicitaciones y emprender la perenigración al pasado. Precisa ir a él; pero no guiados por el anhelo egoísta de buscar en el pasado un seguro refugio a las inquietudes de la diaria batalla, no para procurarse un arrullo de quietud en mullido lecho de silencio y de olvido. Precisa ir al pasado en demanda de consuelo y de consejo: para explicarnos el presente y para situarnos en condiciones de una mejor colaboración a la obra del porvenir.

La benevolencia de mis compañeros de Academia me ha encomendado honrosa misión ardua al encargarme del elo-

gio del malogrado presidente de esta institución y Decano de la Facultad de Medicina de Lima, señor Dr. D. ERNESTO ODRIOZOLA. La personalidad del ilustre maestro reclamaba el elogio de académico mas autorizado; el de crítico que sumase a las excelencias del discernir las galas de la forma expresiva; el de elogiador que, merced a tales dotes, hubiese logrado una acabada presentación de la obra de ODRIOZOLA y hubiese podido realizar el milagro de una nítida evocación.

Nació el doctor Odriozola, en la ciudad de Lima, el año de 1862, del legítimo matrimonio del señor doctor don MANUEL ODRIOZOLA y de la señora doña ROSA BENAVIDEZ.

Es el de ODRIOZOLA un apellido ilustre en nuestra historia: en las postrimerías del virreinato peruano; cuando la ola revolucionaria recorría el continente y llegaba avasalladora a nuestras tierras; cuando los anhelos de libertad hacían de cada hombre un soldado y de cada generosidad una bandera; un ODRIOZOLA formó en las filas rebeldes y ofreció gallardamente su pecho de soldado en aquellas huestes gloriosas que el virtuoso capitán argentino condujo camino de la victoria. Terminada la campaña, el guerrero guardó armas y laureles y depositados que fueron ellos en el santuario del hogar, prestó a la cultura nacional el señalado servicio de coleccionar, en muchos volúmenes, aquellos *Documentos Históricos y Literarios del Perú* que llevan el nombre del cultísimo soldado y que han contribuído eficazmente a evitar la pérdida o el olvido de un rico material bibliográfico.

Hijo de este benemérito guerrero, don MANUEL ODRIOZOLA, hizo en Lima, su ciudad natal, estudios de medicina que le conquistaron legítima reputación de médico y que le llevaron a ocupar el puesto de honor entre sus camaradas. Recorrió serenamente, siempre llamado y no llamando jamás, toda la escala de honores que separa al modesto pasante del Colegio de San Fernando del Decano de la Facultad de Medicina de Lima.

En un ambiente genuinamente médico, hijo del internista notable y sobrino del doctor RAFAEL BENAVIDEZ, príncipe de los tocólogos peruanos, formóse la vocación profesional de don ERNESTO. Miembro de una dinastía de investigadores, ya que el abuelo lo fué en la historia y el padre lo fué en la Medicina, don ERNESTO ODRIOZOLA traía consigo el bagaje celular de aquella familiar inclinación a la búsqueda de la verdad.

Inició sus estudios médicos en la Facultad de Lima y el inicio fué segura promesa de un brillante porvenir: cariño sincero por la profesión, espíritu de sacrificio, talento, asiduidad, tales fueron las prendas que maestros y compañeros pudieron reconocer en el joven estudiante. En los últimos años de la carrera, en las proximidades de terminación triunfal de ella, circunstancias que en este elogio deben ser silenciadas, hicieron necesario el viaje del estudiante ODRIOZOLA al extranjero. En esta circunstancia, aparentemente adversa para él, en este su ostracismo escolar, hállase hermosa prueba de las personales condiciones que le adornaban. Trasladado a ambiente en el cual no podía contar en el número de sus títulos el familiar, triunfó, como había triunfado en Lima, como hubiese triunfado bajo un cielo cualquiera, ya que sus condiciones de talento y de carácter eran de aquellas que constituyen, casi siempre, una garantía de victoria. Terminó brillantemente sus estudios en París y, obtenido el título profesional, al cual hicieron compañía honrosas mercedes académicas, volvió a esta patria suya, en la que debía actuar en la forma que el destino le tenía deparada.

Su tesis de París, algunos de cuyos fragmentos publicó el "Monitor Médico" de Lima, de gloriosa recordación, revela una de las grandes simpatías profesionales de Odrizola: el argumento de esta tesis, el *corazón senil*; la amplitud y la elegancia del estudio clínico; todo ello revela la predilección de Odrizola por aquellos estudios de cardiología que cultivó con grandísimo cariño tanto en la Cátedra como en la práctica civil.

Sus triunfos de París debieron hacerle amable el camino de la consagración en Lima; pero la marcha fué lenta. Si ODRIOZOLA vivió horas de triunfo, no fueron pocas sus horas de amargura, ni dejaron de sonar para él las horas de desencanto. Pero ellas pasaron, como pasan cuando sostiene al sujeto la fé inquebrantable en las conquistas de la energía y cuando le anima la esperanza en las reparaciones, a las veces tardías, de la vida. Y esas horas de dolor, que son las mas en la vida de los hombres de talento y de corazón, robustecieron el espíritu de ODRIOZOLA y concedieronle aquella su característica benevolencia frente a frente de la vida y de los hombres.

En la mitad del camino de su hermosa vida, mas cercano de la mañana que de la noche, pletórico de entusiasmos, vi

viendo la dorada edad del ensueño, escribió ODRIOZOLA su libro eterno: las páginas de "*La Maladie de Carrión*" (1899) dicen bien claramente que fué un espíritu lozano, con los alientos gigantescos y las generosidades infinitas de la juventud; con la abnegación de los espíritus que asoman a la vida honrados, pujantes y generosos, el espíritu selecto que dictó aquella juiciosa sistematización, aquella exposición nosográfica nacional que, tan en justicia, debe enorgullecernos.

Huérfana de libros estaba nuestra Literatura Médica: al libro de UNANUE; a aquellas sus observaciones sobre el clima de Lima que se consultan hoy todavía, a la no leve distancia de una centuria (1805); al libro de DÁVALOS, tesis de MONTPELLIER mal conocida entre nosotros y referente a las enfermedades de Lima, habían sucedido los folletos, no todos interesantes, y los artículos de revista. muchos de ellos ingenuos. Verdad que en folletos humildes y en las humildes páginas de la "Gaceta Médica" quedaba entregado al afecto y a la admiración de la posteridad un apreciable exponente de laboriosidad digna del elogio y la huella luminosa de mentalidades dignas de ser recordadas.

Es en estas condiciones que surge el libro de ODRIOZOLA, para satisfacer ampliamente una necesidad nacional; para electrizar el ambiente despertando adormecidas energías y para orientar las actividades científicas en el sentido, tanto tiempo deseado, de una medicina nacional. La obra del joven maestro suscita interés dentro y fuera del país: los maestros del autor manifiestan vivo empeño en conocer la misteriosa enfermedad de la quebrada andina que diezmó las caravanas obreras cuyo esfuerzo entregó al comercio y a la industria la hermosa vía central del Perú. Y otros maestros de Europa participan del mismo interés y contribuyen a enriquecer la bibliografía de la enfermedad de CARRIÓN.

El libro de ODRIOZOLA, que marca una etapa en los anales de la Medicina Peruana provoca también el mismo movimiento de interés y un otro de entusiasmo en el elemento nacional: admiradores del joven maestro realizan generosos empeños por seguirle en el camino y es en esta forma que tiene lugar el advenimiento de una era de laboriosidad honorable y abnegada en el campo médico peruano. Satisfacción y grandísima debió ser para ODRIOZOLA la contemplación de este milagro operado por su libro,

“LA MALADIE DE CARRIÓN” está escrita en francés manejado con aquella familiaridad agradable que caracterizaba el habla francesa del muy amado discípulo de LETULLE. La exposición es clara y la finalidad didáctica es realizada admirablemente: a una bien nutrida noticia histórica, hacen sucesión los magistrales capítulos en que el maestro hace la exhibición, de mano maestra, de la enfermedad de los Andes Peruanos. El capítulo histórico es completo. ODRIOZOLA no ha omitido ni las vagas informaciones acerca de la verruga contenidas en los nebulosos relatos de algunos cronistas de Indias y, en orden estrictamente cronológico ha seguido a todos aquellos autores que, con acierto o sin él, se ocuparon de la temible enfermedad. Y tan completos y tan acabados como ese capítulo histórico bibliográfico, lo son todos los que forman el libro. Un distinguido académico, el doctor ENRIQUE LEÓN GARCÍA, ha dado el nombre de ODRIOZOLA a aquel periodo histórico de la enfermedad de CARRIÓN que comienza con el libro de ODRIOZOLA. Esta denominación ha sido todo un acierto: el libro del malogrado maestro representa el inicio real de una era nueva en el estudio de la enfermedad de CARRIÓN.

El Cuerpo Médico Peruano no permaneció indiferente al esfuerzo representado por el libro de ODRIOZOLA. La Sociedad Médica “Unión Fernandina”, en una actuación solemne, hizo al autor obsequio de una medalla de oro que fué ofrecida en términos reveladores de respetuosa simpatía, por el entonces presidente de esa asociación, nuestro estimable compañero el doctor BELLO. Aquel homenaje, en el cual se confundieron gratitud y admiración, sirvió a poner en evidencia de cuánto era capaz la mentalidad vigorosa del maestro y puso de relieve también el espíritu de justicia y de solidaridad que caracterizaba entonces al cuerpo médico del Perú.

La Facultad de Medicina de Lima, que ya lamentaba la muerte del doctor ODRIOZOLA, aprovechó de las singulares aptitudes que caracterizaban al heredero de su nombre y de su fama. Nombrado el doctor ERNESTO ODRIOZOLA Catedrático auxiliar de la Facultad de Medicina de Lima, llevó a cabo, en calidad de tal, la enseñanza del curso de Anatomía Descriptiva que aprovechó para hacer, con amplitud y con amenidad, la enseñanza de la Anatomía del Sistema Nervioso. La enseñanza médica es, por regla general, de una grande aridez y no son pequeños los esfuerzos que el maes-

tro debe realizar para embellecerla en cuanto le es posible y hacerla grata a los discípulos. Pero hay, entre los cursos de nuestra Facultad, algunos cuya aridez es mas considerable todavía y fueron de estos los que se vió precisado a enseñar el doctor ODRIUZOLA: aquellos de Anatomía Descriptiva y Topográfica y de Medicina operatoria, en la enseñanza de los cuales es difícil conseguir la forma artística, indispensable en su condición de ideal surcadora afectiva. Verdad que hay una Anatomía Artística; verdad que la Cirugía misma es un arte; pero ello no excluye la dificultad de realizar una enseñanza artística de esas ciencias en que tanto de arte hay.

ODRIUZOLA se contó en el número de los maestros que lograron hacer agradable la árida enseñanza. Es que, además de sus generosos esfuerzos, contaba con la simpatía enorme que inspiraba a sus discípulos. Y sabido es que este camino del amor es el único capaz de asegurar la eficiencia del magisterio: sólo se aprende de quienes se ama y aquello que se ama.

Este cariño de sus discípulos no abandonó al maestro en un solo de los momentos de su vida, ni podía abandonarle tampoco. Maestro docto y bondadoso; maestro conocedor del rol que desempeña el enseñante en la sociedad contemporánea; maestro que tenía muy presente el hecho incontestable de la diversidad de ritmos de vida que corresponden a los diversos momentos de la vida social de la humanidad, ODRIUZOLA fué el amigo de los jóvenes, el amigo que hizo bandera suya de las causas justas sostenidas por ellos y que fué benévolo para con ellos aun en los momentos en que, menos maestro de lo que era, hubiese podido alejarse de ellos. Por estos motivos la juventud fernandina guarda el recuerdo del maestro con cariño que los años habrán de hacer mas intenso y con gratitud que tambien han de crecer por obra del tiempo.

En este camino del profesorado, ODRIUZOLA debía llegar a la Clínica Médica, al lugar que estaba llamado a ocupar con tanto brillo como prestigio para el profesorado médico peruano. Llegó un día (1904), cuando la muerte acababa de arrebatarnos al doctor JUAN CANCIO CASTILLO. Llegó a la Clínica Médica siendo dueño de una excelente preparación y poseedor de entusiasmos excepcionales. Su primera lección, muy sencilla y muy breve, es hermosa: hecho el elogio del antecesor, analizado sumariamente el ma-

terial pedagógico, esbozado el programa de la obra clínica, hace un llamamiento al buen sentido de los escolares: advierte a los médicos del mañana de cuánta y de cuan grande falibilidad está lleno este arte de curar que cultivamos. Es la palabra de alarma a la gente moza; es la voz de alarma cariñosamente lanzada contra la infantil idea de suficiencia que suele asaltarnos cuando mucho de la vida nos queda por ver y mucho por aprender en ella. La serena y amable invitación a la duda, la recomendación de desconfianza de nuestros modestos elementos de percepción y de nuestra capacidad interpretativa, constituye lección que debiéramos repetirnos muchas veces para no olvidarla jamás.

A partir de aquel momento, se inician los "lunes del Dos de Mayo". Todos nosotros hemos asistido a ellos; todos nosotros hemos escuchado, con agrado y con provecho, aquellas lecciones, de tan castiza expresión, de tan oportuna metódica, de tan suave eslabonación de hechos y de tan fluida crítica clínica. Un pequeño esfuerzo de memoria nos permite evocar aquellos días que se alejan rápidamente: merced a este esfuerzo nos es dado ver aquella sala de Santo Toribio con sus dos filas de camas blancas, con su hija de San Vicente de Paul discurriendo lentamente por entre aquellas camas, con una mesilla a la cual solía sentarse el maestro antes de comenzar la lección. Los médicos y los alumnos rodeaban al maestro y escuchaban con la máxima atención su charla, anecdótica educativa muchas veces, de provecho siempre. Llegada la hora de la lección, el maestro, envuelto en el blanco mandil, avanza hacia el peristilo en que tenían lugar las clases. Tomaba asiento El; sentábase los alumnos y comenzaba la lección, que siempre pareció breve a quienes la escucharon. A lección terminada, un aplauso espontáneo y nutrido expresaba al maestro la gratitud de sus alumnos y el reconocimiento de sus calidades de enseñante.

Las lecciones clínicas de ODRIOZOLA ganan en mérito si se toma en consideración el hecho de ser ellas dirigidas a estudiantes de Medicina ante quienes el maestro, sin exigir de su auditorio una cultura mayor que la real; sin perderle más de lo que era lícito pedir, debía presentar los hechos con la máxima claridad; debía comentarlos con la mayor sencillez y debía indicar las consecuencias que de los hechos clínicos derivaban fácilmente. Es por ello que si en las lecciones de

ODRIOZOLA falta esa erudición, a las veces fatigosa por innecesaria que tiene sus partidarios en el mundo médico, se constata en cambio el esfuerzo mental realizado por el maestro para ponerse al nivel de sus discípulos y hacerles fácil la adquisición y economizarles la fatiga de ella.

La Cardiología y la Neuropatología fueron las especialidades médicas mas del agrado de ODRIOZOLA: si se recorre cariñosamente las lecciones clínicas del maestro, afectuosamente recojidas por la "Gaceta de los hospitales" y por la CRÓNICA MÉDICA DE LIMA, es posible constatar el verdadero cariño con el cual trataba ODRIOZOLA aquellos argumentos cuyo estudio le fué siempre singularmente grato.

La contribución de ODRIOZOLA a literatura médica es considerable. He hecho el enunciado de ella en las páginas de los ANALES DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE LIMA, revista que el contribuyó a fundar y a fomentar, merced a una tan rica como no interrumpida colaboración. He sido el primero en pedir, desde mi banco de Catedrático de la facultad de Medicina de Lima, la publicación de las obras completas del maestro ilustre. Y hoy renuevo mi ruego en el seno de la Academia. Precisa que esa obra no permanezca dispersa; precisa que manos piadosas recojan toda aquella rica colaboración al estudio de la Medicina en general y al de la Peruana en particular; precisa que esa obra quede en pié, ya que, en el ir y venir de hombres y de obras que es la vida, somos nosotros, los hombres, los que nos vamos, y son ellas, nuestras obras, buenas o malas, las que quedan.

En la práctica civil fué el doctor ODRIOZOLA médico que gozó, muy en jústicia, del respeto y afecto de su numerosa clientela. Unía a su preparación profesional, garantizadora del éxito, un verdadero culto por la práctica psicoterápica, que prodigaba generosamente a sus enfermos. Cuidadoso de las reacciones espirituales de sus enfermos; convencido de la necesidad de llevar la técnica semeiótica al espíritu de los enfermos todos, antes de ejercer la acción complejísima que cada médico ejerce sobre cada paciente suyo, puso especialísimo cuidado en estudiar dichas reacciones en cada caso particular, recurso que le permitió siempre evitar los graves traumatismos psíquicos que podemos provocar los médicos cuando echamos en olvido los preceptos elementales de la Psicoterapia fundamental. Por esta razón; por que el doctor ODRIOZOLA supo dejar un consuelo

cerca de aquellos enfermos a quienes no pudo dejar un remedio, su recuerdo vive y vivirá cariñosamente en la memoria de aquellos que llamaron a sus puertas de médico.

Miembro de la Academia Nacional de Medicina de Lima desde el año de 1889; secretario anual el año de 1893, desempeñó la presidencia de la institución durante los años de 1913, 1915 y 1917. Todos los presentes recuerdan la valiosa colaboración aportada a la obra académica por la ilustración del doctor ODRIEZOLA. Su autorizada palabra dejóse escuchar en momentos de angustia nacional: cuando la gripe diezmaaba nuestra población el año de 1892, cuando la fiebre de Levante se incorporaba en nuestras estadísticas de letalidad, cuando la meningitis cerebro espinal epidémica amenazaba aclimatarse entre nosotros. Y, así como en dichos casos, la palabra de ODRIEZOLA fué puesta al servicio de la Academia cuando ésta, llamada por los poderes públicos, debió emitir informe respecto a tópicos de pública asistencia de tanto interés como la represión del alcoholismo y la lucha contra la peste blanca.

Presidente del Congreso médico celebrado en Lima el año de 1913, el doctor ODRIEZOLA contribuyó eficazmente al mejor éxito de tal certamen internacional. Su palabra docta y galana fue escuchada por eminencias americanas que hicieron cumplido elogio de las personales prendas del maestro y ratificaron el concepto que de él tenían formado.

La facultad de Medicina de Lima llevó al doctor ODRIEZOLA a regir sus destinos el año de 1911. Su labor fué considerable. Las generales simpatías de que gozaba en el Claustro; su sólido prestigio profesional y docente; todo ello contribuyó a favorecer su acción bienhechora. Su espíritu ponderado y conciliador le permitió borrar pequeñas divisiones de grupo exitentes entre los maestros y realizar una verdadera unificación de ideales en pró de un resurgimiento de los estudios médicos. Elemento de concordia en las horas de lucha y de acción en los momentos de obra, si ODRIEZOLA no hizo más en favor de la docencia médica fué por la parquedad de recursos materiales indispensables para realizarla. Pero aún dentro de esta parquedad de recursos, dentro del marco de pobreza que caracterizó la vida de la Facultad de Medicina de Lima, el decanato del doctor ODRIEZOLA está caracterizado por generosos empeños de reforma, muchos de los cuales no llegaron a hacerse

realidad. Modernizóse la enseñanza médica, concediendo autonomía real a las especialidades y dotando a las diversas asignaturas del material indispensable.

Estaba escrito que durante el decanato del doctor ODRIOZOLA se suscitarían las graves dificultades que de todos nosotros son conocidas; fueron acontecimientos no imputables en justicia a ninguno de los aparentes factores que intervinieron en su génesis. Fueron acontecimientos que, como otros, ocurridos después, debían suceder, lógica y fatalmente, no por obra de determinados hombres o grupos de hombres, sino por obra de hechos pretéritos que, por perderse en la penumbra del pasado, escapan a los rigores de la inculpación presente.

El doctor ODRIOZOLA vivió con nosotros las horas de tormenta: quienes estuvimos a su lado fuimos testigos del dolor profundo que provocó en su espíritu la amenaza de derrumbamiento de la vieja y gloriosa institución: los que vivimos con él horas de pesar sincero y de quebranto, sabemos cuanto daño hizo en su espíritu el temor de ver por tierra un día aquella vieja Escuela que, en la primera mitad del siglo XIX enviaba sus maestros de Medicina a las Universidades de la América española.

Pasaron aquellos días: la tempestad daba una tregua. Y fué en el curso de esa tregua de la tormenta que un día, el querido maestro cayó, como herido por el rayo, en la misma casa que él prestigió con su talento y con su afecto. Quiso el destino que en aquella casa para el maestro tan querida; en aquel solar de sus devociones intelectuales y afectivas, rindiera la vida. Y rindióla serenamente, con palabras de optimismo que fueron dirigidas a los buenos amigos ante quienes lanzó el postrer suspiro.

Esta es, a grandes rasgos, la historia del jefe, del maestro, del amigo, que ovocamos en este primer aniversario de su muerte. Tal la compendiada historia del hombre que fué todo bondad en la serena vida del hogar, toda dulzura en la asistencia de sus enfermos y todo talento y todo corazón en su guiar de juventudes....

Yo evoco, señores, el recuerdo de mis muertos queridos cuando la vida me impone solución a sus rudos problemas: yo evoco la memoria de mis muertos y turbo, con el recuerdo, la quietud de sus sepulcros, cuando debo realizar alguna

obra buena. Y creo que tal evocación tiene de plegaria y de homenaje.

Hoy que evocamos en esta Academia, que el honró con su presidencia, la memoria de ODRIOZOLA, procuremos que tal evocación sea el inicio efectivo de un obra buena. En homenaje a la memoria del maestro, desde esta tribuna de la Academia Nacional de Medicina de Lima, yo invito a los maestros de San Fernando a tributar al recuerdo que en esta casa nos ha congregado una actitud de maestros: Tranquilo el corazón, limpia la consciencia, juzgando sin otro criterio que el de maestros, procuremos, con todas nuestras energías, que la obraquerida de los UNÁNUE, de los HEREDIA, de los RIOS de los ODRIOZOLA no se derrumbe definitivamente. Salvemos aquella obra: vayamos a la docencia, ajenos a todo prejuicio político, huérfanos de todo apoyo político. Vayamos a la docencia rodeados de la aureola de nuestra pobreza de recursos, envueltos en el manto de nuestra vocación docente. vayamos a una Escuela de Medicina cuyos maestros y alumnos orientadas sus actividades en el mismo sentido de rehabilitación de valores ético sociales que si no se han perdido están a punto de perderse, procuraremos salvar la obra en peligro. Vayamos a esa Escuela de Medicina cuyo ambiente pedagógico alejará la posibilidad de la brisa política. Y vayamos a ella en homenaje a aquellos que, como ODRIOZOLA dedicaron todas sus energías al mantenimiento de la tradición docente de San Fernando. Y vayamos a esa escuela, representativa del periodo romántico de la evolución universitaria, porque ella es el único puente fácil y grato que debe separar la catástrofe de la reconstrucción. Y vayamos a ella por que sólo ella puede restablecer, en los claustros de la Escuela de Medicina, aquel ambiente de respeto y de cariño que reinó entre los viejos fernandinos y los viejos maestros. Esta es, señores, la actitud pragmática, elevada y serenísima que del magnífico pasado de nuestro muerto podemos incorporar en el presente proceloso de la institución de que el fué dignísimo jefe!

HERMILIO VALDIZÁN.